

# VERIDICAS LEYENDAS DE AIZPITARTE Y LANDARBASO

RAFAEL CASTELLANO

En un viejo mapa catastral me tropiezo, junto con la raya azul que representa la regata de Landarbaso, frente a las cuevas de Aizpitarre (o Artabitarte, va en versiones), un rótulo que dice: «Término de San Sebastián». Y debajo: «En su pertenencia Landarbaso». Es un paraje curioso al que se accede desde Rentería por angosta carretera que va hacia Txoritokieta y Astigarraga. Los oreretarras conocen bien esa excursión monte a través que concluye en un merendero con mesas, bancos y papeleras. Lo que tal vez ignoran es que en las cuevas, a las que se llega por un breve senderillo, residía, según cuentan los antiguos, una serpiente de varias cabezas con sus correspondientes pares de ojos. En Euskadi, cada vez que dejas atrás el perfil de las chimeneas y el rugido del óxido, te sale al paso una leyenda de dragones. Pero existen más bulos históricos en torno a este significado trozo de monte que la torrenciosa baña, y que abarca lo que es Landarbaso propiamente dicho y el terraplén boscoso y paleolítico en el que se abren las cavernas. Que aquí se concelebraban akelarres, no te quepa la menor duda. Constituyen el recinto ideal para lo que entonces se consideraban festivales de *rock*. Aunque si encuentras por las inmediaciones algún bote de cerveza, ten por seguro que data de bastantes siglos más acá de lo que supones. No lo lloves a Aranzadi a que lo cataloguen. Por si acaso. Tú sigue a lo tuyo. A escrutarle las espeleologías a las cavernas. Otra habladuría verídica es que una de las chimeneas del laberinto en que se bifurca el antro, camuflada, recóndita o tapada por algún derrumbe, conduce nada menos que hasta Navarra. Que es como decir al centro de la Tierra, según aquella novela tan bien llevada por Verne.

Porque tenemos ya todos los elementos. Los animales fabulosos. Los túneles interminables. La historia, que consiste en una leyenda pasada por el severo tinte de la ciencia, cuenta que en Aizpitarre—o Artabitarte—se cobijaron las diversas partidas guerrilleras que por este territorio tejieron sus leyendas de seis peniques, o de diez reales. Que sirvió de refugio y de polvorín. De cuartel y de guarida. Siendo así que cuando las tropas regulares cercaban apostándose en la regata a los forajidos, y el *sheriff* les conminaba a rendirse, sólo el silencio respondía. Tomaban entonces los mesnaderos la posición y no podían echar mano a la cuadrilla, que se había desvanecido como el humo. La causa de estos chascos hay que buscarla en ese famoso camino subterráneo que perfora Guipúzcoa y va a parar a vete a saber qué anfractuosidad del Viejo Reyno. Por el que se evadían los proscritos. Burlando a unos mosqueteros de academia que ignoraban el dicho clásico de que cueva con dos puertas es mala de guardar.

Si a esto le añadimos el romanticismo más o menos probado de que, más allá del arroyo, el monte de Landarbaso llegó a constituir una república independiente con su propio fuero dentro del fuero general, os haréis una idea de cómo el instinto literario conduce a las turbas a comerse la tortilla y el filete empanado en enclaves de gran trascendencia evocativa. No hay como tirar de bota escuchando romances y legajos. Que, en este caso concreto, aseguran que «los mojones que señalan el término de la jurisdicción de los municipios colindantes»—que serían Astigarraga, Rentería, Irún y Oyarzun—«surten el efecto de las murallas de la China que nadie osa traspasar». Esto lo certifica el explorador Angel María Castell en artículo fechado el 4 de agosto de 1899.(1) «Cada cinco años»,

agrega, «los ayuntamientos vecinos van, cumpliendo los preceptos de la ley, a revisar o rectificar sus respectivos lindes; pero llegan al mojón y de él no pasan». Fijaos en la ceremonia. «Previamente han avisado a los landarbasenses»—neologiza Castell—«y éstos salen a la frontera, les reciben afectuosos, les dan una gran comida, vuelven a acompañarles hasta el límite de su pequeña nación y ¡hasta el quinquenio que viene!». Mas aún. «No vuelve planta humana con misión oficial», afirma, «a pisar el libre territorio de Landarbaso». Y aquí llega el párrafo que más atónico dejó a este ratón de biblioteca. Describe Castell: «Arcadia viviente donde no existe alcalde, ni cura, ni maestro, ni guardia civil, ni juez, ni nada que signifique autoridad moral o material».

De donde pasamos a esbozar algunas de las leyes naturales de esta tierra sin ley. «Si alguna cuestión surge entre los vecinos, la dirime en el acto el más viejo, verdadero patriarca cuyo voto es infalible, inapelable». Tampoco iban a la mili, siempre según el documento que obra en mi poder: «Ni quintas, ni contribuciones directas, ni impuestos, ni nada de lo que en todas partes existe, se conoce en Landarbaso». ¿Y la Diputación?, os estaréis preguntando, hijos como sois de esta era profundamente burocrática. Pues la Diputación de 1899 «respeto este puñado de tierra, fiel trasunto del paraíso antes de la indiscreción de Eva. Los ayuntamientos, ya lo he dicho, ponen sus mojones formando un círculo alrededor de la ideal república». Para mayor bienaventuranza, no tenían bloqueados los aranceles ni el comercio exterior: «Viven del comercio. La leche de sus vacas, los frutos de sus huertos y la cosecha de sus campos los llevan a los mercados de Oyarzun y Astigarraga, en los que se proveen de lo que necesitan». Concluye Castell, unas líneas más abajo: «Constituye esta república una verdadera curiosidad que, de seguro, no conocen cuatro personas de los miles de forasteros que visitan San Sebastián».

Para qué deciros que he estado un par de veces en esta transparente Barataria. De Rentería a las cuevas. Cruzas el puentecillo contiguo a la central eléctrica y aquí comienza la áspera búsqueda de testimonios. Algún indígena se puso a la defensiva en cuanto le mencioné lo de las exenciones tributarias. Me tomó por inspector de Hacienda. Otro casero, con la memoria genética un poco menos suspicaz, me insinuó que todo aquello de la república independiente procedía de un error cartográfico. Que se corrigió, textual, «cuando inventaron los aviones y se pudo hacer fotos desde arriba». Más allá no pude profundizar. Pero aprovecho las páginas de esta revista para dejar ahí el mito y ver de que algún investigador local consiga reconstruir la historia, obviamente folklórica, de este cantón próximo a las cuevas. Y para sugerir, por qué no, que se recupere el ceremonial de la visita de alcaldes y consiguiente comida de confraternización. Eso sí, que sea anual, y no quinquenal. *Carpe diem*. O sea, que el vivo al bollo.

(1) Publicado en la revista «Alrededor del Mundo». Angel María Castell era director de «La Voz de Guipúzcoa».